

PALABRAS EN EL CLUB SIGLO XXI Madrid, 16 de Mayo de 2002

No es fácil explicar a Colombia. No es fácil entender a Colombia. Es mucho menos fácil juzgarla o emitir una opinión sobre ella. Pero hay algo que sí es posible -y que muchos de los buenos amigos españoles que hoy me acompañan pueden atestiguar-: A Colombia se la puede sentir, porque mi país, antes que nada, se siente. O dicho de otra manera: Colombia es un sentimiento que hay que vivirlo para poder contarlo.

Tal vez por eso, porque Colombia es sentimiento, es que nuestros artistas han emprendido los caminos más maravillosos y mágicos para hablar de ella. A Colombia la intuimos en la realidad fantástica de Macondo, rodeada por una miríada de mariposas amarillas, con niñas hermosas elevándose al cielo entre sábanas blancas y un tren bananero atravesando una geografía imposible. A Colombia la olemos, como la tierra caliente, en el trópico fecundo de Álvaro Mutis, ese en el que Maqroll entierra su tiempo y sus esfuerzos, agujereado por minas de oro, de sal y de carbón, lleno de pueblos vivos y vibrantes y de sorpresas enigmáticas en cada centímetro de su piel verde. A Colombia la pintamos fuera de proporciones, desmesurada y sensual como las voluminosas figuras de Botero, enamorada y coqueta como una colegiala, a veces siniestra como un presagio o bella como una flor de pétalos incandescentes.

¿Cómo hablarles, entonces, de Colombia? Lo hago como Presidente, con la responsabilidad de representar a un pueblo que supera los 40 millones de habitantes y que reclama todos los días, con trabajo y alegría, eso que Gabo llamó “una segunda oportunidad sobre la tierra”. Lo hago como hijo de su suelo fértil y embrujador, de sus contradicciones, de su amorosa bienvenida y su violenta cotidianidad, de su verso luminoso y su honda herida.

Lo hago como sólo puede hacerse frente a un auditorio que sabe ver más allá de las apariencias, que sabe entender el entorno y la historia que lo sustenta, que conoce la realidad colombiana y la estudia con afecto, que -al fin y al cabo- es español, y con ello queda dicho todo, porque lleva la sangre de nuestros ancestros y entiende el ritmo paradójico de nuestra latinidad.

Colombia, la tierra amable de la cumbia y el vallenato, la privilegiada doncella a la que besan dos océanos, la que concentra en su superficie el 13% de la biodiversidad del planeta, la que exporta café y flores pero también las voces jóvenes de Vives y Shakira o los nervios de acero de Juan Pablo Montoya en las pistas de la Fórmula 1, tiene en sí todo el material para ser un verdadero anticipo del paraíso en la tierra.

Sin embargo, ante los ojos asombrados del mundo y de sus mismos habitantes, se consume en un conflicto interno que nos desangra y que limita la inmensa potencialidad de nuestro desarrollo. No es un conflicto de hoy, ni de ayer, sino uno que lleva más de medio siglo, tan arraigado y anacrónico que pareciera subsistir por inercia, como un anciano que sigue vivo porque ha olvidado cómo morir.

Cuando llegué a la Presidencia, hace ya casi cuatro años, lo hice con el firme propósito de trabajar por la paz como un prerrequisito para afianzar el futuro de Colombia. Así me lo ordenaba el pueblo colombiano, que en 1997 votó masivamente un mandato a sus gobernantes para que buscaran la paz con los grupos armados a través de la negociación política, y así me lo dictaba mi propia convicción personal de que una paz cierta y duradera sólo se logra por caminos igualmente pacíficos, como el diálogo. En esto siempre he seguido la máxima de Gandhi, cuando dijo: *“No hay caminos para la paz; la paz es el camino”*.

Mis compatriotas y el mundo entero fueron testigos de los inmensos esfuerzos que se hicieron para consolidar un proceso de paz con la guerrilla de las FARC, la más grande y antigua del país, y para iniciar uno con el ELN, la segunda organización subversiva.

No era una tarea fácil. Mientras levantábamos, ladrillo por ladrillo, los cimientos de la paz, estos grupos insistían en sus actos violentos, atacando a la población civil, asesinando y secuestrando, extorsionando y robando, destruyendo la infraestructura nacional que con tanto sacrificio habíamos construido.

A esto se unieron dos factores de tremenda perturbación: Por una parte, la acción de unos grupos ilegales de autodefensa, mal conocidos como paramilitares, que, pretendiendo defender a la población de los ataques guerrilleros, no han hecho más que agravar el conflicto, generando luchas territoriales y acudiendo a masacres y otros actos tan criminales y repudiables como los de los guerrilleros. Por otro lado -y esto sí que es importante-, tanto las guerrillas como las autodefensas ilegales han encontrado una gran fuente de financiación en el negocio de las drogas ilícitas, prohiendo el cultivo de coca y amapola y haciendo de vigilantes de los laboratorios clandestinos, con lo cual han adquirido ingentes recursos que avivan la guerra, como el correr del viento sobre un incendio voraz.

Sumados los miembros de los grupos guerrilleros y los miembros de los grupos de autodefensa no superan los 40 mil integrantes. Es decir, no alcanzan el uno por mil de la población colombiana.

Además, no cuentan con el más mínimo respaldo popular. Sin embargo, su acción diseminada por todo el país y la inmensidad y diversidad de nuestra geografía han impedido su control definitivo.

En fin, y para no alargarnos demasiado sobre una historia que ya todos conocen, durante mi Administración le apostamos con toda la energía a la consecución de la paz. Dimos un paso que era imprescindible dar y lo hicimos con audacia y de manera genuina, porque era la única forma de hacerlo. Lograr la paz no dependía sólo de nosotros, sino también de la seriedad y voluntad de la contraparte, pero estábamos decididos -y así lo hicimos- a poner todas las fichas en la casilla de la paz.

En este empeño me acompañó la gran mayoría de los colombianos y tuve la suerte de contar con el respaldo amigo de la comunidad internacional. España, muy particularmente, estuvo a nuestro lado. Formó parte del Grupo de Países Amigos del proceso con el ELN, fue miembro de la Comisión de Países Facilitadores del proceso con las FARC, y fue la primera anfitriona de las reuniones del Grupo de Apoyo al Proceso de Paz en Colombia.

Con las FARC logramos importantes avances, como la creación de una zona de distensión para el diálogo, la definición de una amplia agenda temática de discusión, la convocatoria de audiencias

públicas donde la sociedad civil expuso sus opiniones y propuestas, la firma de un acuerdo humanitario que posibilitó la liberación de 350 militares y policías secuestrados, e inclusive la determinación de un cronograma para discutir un acuerdo de cese del fuego y hostilidades.

No obstante, al tiempo que negociaba o dilataba las negociaciones, este grupo no hizo otra cosa que seguir atacando a la población, incurriendo cada vez más en conductas terroristas alejadas de cualquier clase de reivindicación social. Asesinatos, masacres, secuestros, ataques a poblaciones humildes, fueron la constante respuesta de las FARC a la voluntad de paz de la sociedad y el gobierno colombianos.

Como ustedes bien saben, el terrorismo continuo y creciente de las FARC contra la población colombiana, determinaría el fin del proceso. En tan sólo un mes, entre el 20 de enero y el 20 de febrero de este año, realizaron 117 atentados terroristas. Fueron 4 carros-bomba; 5 ataques a instalaciones; 7 campos minados; el homicidio de 20 civiles, incluyendo mujeres y niños; la voladura de 33 torres de energía, de 2 tramos del oleoducto, de tres puentes, entre otros actos de barbarie. Incluso llegaron a atentar contra los servicios más básicos de los colombianos, como el agua.

Y el 20 de febrero sus actos rebosaron la copa de la indignación y determinaron el fin de un proceso que necesitaba, para sobrevivir, hechos de paz y no hechos de barbarie. Por una parte, secuestraron un avión comercial en pleno vuelo -un delito internacional catalogado como terrorismo-, llevándose a un senador de la República. Por otro lado, dinamitaron un puente, generando el accidente de una ambulancia y la muerte de tres personas, incluyendo una madre en trabajo de parto. ¡La sociedad colombiana, que les tendió la mano, no merecía tanto dolor ni tanta sevicia!

Al cabo, dentro de ese grupo primaron los guerreristas, los que están más interesados en mantener sus actividades criminales y los recursos del narcotráfico que en convertirse en una opción política dentro de la democracia.

En cuanto al ELN, varios secuestros masivos, tales como el de una aeronave comercial y todos sus pasajeros o el de los fieles que asistían a una misa en Cali, y luego su obstinación en exigir una zona de diálogo en una región en la que sus habitantes se oponían a recibirlos, impidieron iniciar un proceso en forma. Todavía no perdemos la esperanza de lograr algún acuerdo con este grupo que conduzca, por lo menos, al desescalamiento del conflicto y la protección de la población civil.

Al mismo tiempo, el Estado siguió combatiendo a las autodefensas ilegales, en forma cada vez más contundente. Igualmente, combatimos al narcotráfico, una actividad cuya terminación demanda la cooperación internacional, pues es obvio que no se trata de un problema únicamente de Colombia, ya que no podría existir sin la enorme demanda de drogas por los países más desarrollados, sin la producción y venta de insumos por los mismos y, sobre todo, sin el lavado de activos productos de este negocio que se realiza bajo la mirada a veces complaciente de países y banqueros del primer mundo.

En mi país seguimos entregando nuestros mejores esfuerzos en la lucha contra el problema mundial de las drogas. No más para dar una idea, durante mi administración hemos erradicado 219 mil hectáreas sembradas con coca y más de 25 mil sembradas con amapola. Con esta acción, evitamos que llegaran al mercado mundial ¡más de mil toneladas de cocaína y cerca de 25 toneladas de heroína! que estarían destinadas a envenenar a la juventud del planeta, a la juventud de Europa y América.

Hoy se ha roto el proceso de paz que mantuvimos, con honestidad y convicción, con las FARC, y este grupo, -desenmascarado en sus verdaderas intenciones-, se ha dedicado, cada vez con mayor

sadismo, a la práctica de acciones terroristas contra los colombianos más pobres. Hace dos semanas, por ejemplo, dispararon cilindros de gas contra humildes habitantes de un pueblo del Chocó refugiados en la iglesia, y mataron, ¡masacraron!, a 120 civiles indefensos, casi la mitad niños. Es un terrorismo de los más crueles e innecesarios que se hayan visto en el mundo. Por eso no entendimos y no entendemos todavía que la Unión Europea no haya incluido a este grupo en la lista de organizaciones terroristas, como sí incluyó, con justa causa, a las autodefensas ilegales.

Colombia está siendo atacada, y digo más: La democracia colombiana, considerada la más antigua y estable de América Latina, está siendo atacada por estos grupos que defienden un discurso anacrónico a punto de dinamita, cilindros de gas, minas antipersonales, secuestros, asesinatos y atentados. Cuando convocamos al mundo a respaldar nuestra lucha de defensa contra el terrorismo, lo convocamos en verdad a respaldar nuestra democracia y su supervivencia.

La pregunta ahora es: ¿Sirvió de algo el proceso de paz? ¿Tiene salida Colombia? Y mi respuesta a las dos preguntas es un contundente sí.

Estos tres años y medio de esfuerzos no han sido en vano para nuestro país:

En primer lugar, las FARC se propinaron, ellas mismas, la más grande derrota política de su historia. Este grupo despilfarró la opción política que con generosidad le ofreció el pueblo colombiano y ha perdido el poco respaldo popular que alguna vez creyó tener, gracias a que sus acciones e intenciones han quedado desenmascaradas ante la opinión pública nacional e internacional.

En segundo término, la búsqueda de la paz -en la que persistimos- nunca riñó con la necesidad de fortalecer y modernizar las Fuerzas Armadas, porque entiendo que un país en paz necesita una Fuerza legítima profesional y operante que garantice dicha paz. En este sentido, durante mi Gobierno prácticamente dupliqué el pie de fuerza y lo doté de mejores y más modernos recursos, al tiempo que generamos una cultura de respeto a los derechos humanos y al derecho internacional humanitario dentro de los integrantes de la Fuerza Pública. Hoy el ejército es la institución con mayor respaldo y simpatía dentro de la sociedad, únicamente superado por la iglesia.

Tercero: se logró una total comprensión por parte de la comunidad internacional sobre el conflicto interno colombiano. Ahora el mundo

sabe, a conciencia, que nuestro conflicto no es una guerra civil sino que es una guerra de unos pocos violentos contra la sociedad civil. Ahora el mundo sabe que los que verdaderamente estamos luchando por el pueblo estamos del lado de las instituciones y no del lado del terrorismo, y, por ello, cada vez recibimos más apoyo y respaldo para nuestros esfuerzos por la paz y la democracia.

Cuarto: algo muy importante sobre lo cual se ha reflexionado poco. El proceso de paz nos ha dejado una importante agenda de trabajo que estamos en la obligación de seguir adelantando, -con las FARC o sin las FARC-, porque ella contiene los grandes temas y las grandes reformas que necesita debatir el país. La Agenda Común por el Cambio hacia una Nueva Colombia, que se acordó en mayo de 1999, debe seguir siendo trabajada por los colombianos que sí queremos alcanzar la justicia social desde la democracia y por medios pacíficos.

Colombia vive, no lo puedo ocultar, momentos complejos. Pero nuestra capacidad de reacción y de supervivencia frente a las dificultades es infinita. Ya superamos hace una década la violencia terrorista de los grandes carteles de la droga y superaremos también, con decisión, con la voluntad de un pueblo unido, y con las Fuerzas Armadas más modernas y profesionales de toda nuestra historia, este nuevo episodio.

Yo no he renunciado al diálogo, ni lo haré nunca, como medio para encontrar la paz. Soy un hombre de diálogo, como la mayoría de los colombianos, pero entiendo la necesidad de defender a la población de quienes se obstinan en atacarla en lugar de ayudarla, de quienes prefieren imponer a convencer.

“La paz es el camino”, y mientras lo retomamos nunca perderé de vista su trazado ni su meta, porque son el trazado y la meta de mi vida.

Apreciados amigos:

En mi país la vida no se detiene. A pesar de la obstinación de los violentos, seguimos aferrados a nuestro deseo de progresar y de insertarnos competitivamente al mundo globalizado. Nos llueve dinamita, pero no es suficiente para espantar los públicos que abarrotan los festivales de poesía de Medellín o de teatro de Bogotá y Manizales. Vuelan puentes, pero seguimos construyendo carreteras de progreso, y seguimos exportando, y seguimos colmando los centros comerciales y los parques con alegría y ánimo, con una decisión “macondiana” de no dejarnos vencer por unos pocos desadaptados.

Por algo será que en nuestro país, según un estudio divulgado por el *New York Times* a fines del año pasado, habitan los hombres y mujeres más felices del planeta.

Es algo que resulta difícil de entender, pero no de sentir. En esto la economía también es una prueba de que Colombia crece y seguirá creciendo, por encima de todas las dificultades. Mi país continúa teniendo una economía estable, ejemplo de cumplimiento y seriedad en el continente americano. En los últimos años hemos bajado las tasas de interés a niveles razonables, estimulando la inversión y el crédito. Logramos la meta largamente buscada de tener una inflación de un solo dígito, la cual ya está por debajo del 6% anual. Liberamos la tasa de cambio y se ha mantenido estable aún en medio de las cambiantes circunstancias nacionales e internacionales.

También fortalecimos el sector financiero, evitando una crisis sistémica, gracias a lo cual hoy contamos con una banca pública y privada sana y produciendo utilidades. Que lo digan, si no, los bancos españoles que hacen cada día mejores negocios en Colombia.

Hemos reducido el déficit fiscal; superamos un año de recesión en 1999 con dos años seguidos de crecimiento, y hemos dinamizado

la actividad petrolera como nunca antes. Además, aún en medio de las dificultades fiscales, hemos podido realizar ambiciosos programas sociales, como la entrega de subsidios de vivienda de interés social a más de 370 mil familias o la titulación de más de 5 millones de hectáreas de tierra, en desarrollo de la reforma agraria, a cerca de 78 mil familias campesinas, indígenas y de comunidades negras. A través del Plan Colombia, destinamos cerca de 500 millones de euros a crear empleo, a construir obras comunitarias, a construir miles de kilómetros de carreteras en zonas de conflicto.

Ésta es, amigos de la querida y entrañable España, la Colombia real y paradójica, que se aferra a la vida como a un espejismo irrepetible, que florece en medio de terreno pantanoso, que justifica todo el respaldo y toda la admiración del mundo entero.

Ésta es, amigos de la soñadora patria del Quijote, la Colombia que me enardece el corazón, la que me inflama el alma de orgullo y de emoción, la que presento ante ustedes, con sus claros y oscuros, como el laberinto indescifrable de un monumento indígena de San Agustín; como un cóndor de Obregón, hecho de viento y color; como un verso inacabado que espera pacientemente el logro de una rima perfecta.

Ésta es la Colombia que vino a España el mes pasado, de la mano del maestro Álvaro Mutis, a recibir el homenaje de las letras cervantinas; la Colombia que hoy saluda el alma generosa de la tierra madre y que la invita a creer en su futuro.

Ya lo dije al comienzo de estas palabras: No la puedo explicar. Apenas la puedo entender. Pero sí puedo sentirla, como espero que ustedes, amigos míos, la sientan también en su corazón y la lleven por siempre abrigada en sus afectos.

Muchas gracias